

Relaciones Internacionales e Historia Global: un diálogo posible y necesario

DIEGO SEBASTIÁN CRESCENTINO Y GABRIELA DE LIMA GRECCO*



BUZAN, Barry y LAWSON, George, *The Global Transformation: History, Modernity and the Making of International Relations*, Cambridge Studies in International Relations, Cambridge, 2015, pp. 396.

CONRAD, Sebastian, *Historia Global: Una nueva visión para el mundo actual*, Crítica, Barcelona, 2017, pp. 272.



Introducción

Desde el surgimiento de los enfoques reflectivistas y el establecimiento del cuarto debate en la disciplina de las Relaciones internacionales, la reflexión y el resultante diálogo han conducido a los académicos a repensar y redefinir constantemente los límites ontológicos, metodológicos y epistemológicos en el abordaje de lo internacional. En este sentido, la apertura del diálogo interdisciplinar ha permitido desobstruir el crecimiento de la disciplina hacia debates no planteados previamente. De manera análoga y a la luz del carácter interconectado del mundo actual, la Historia se ha vuelto más "compleja". La ciencia histórica ha incorporado una mirada más profunda sobre la complejidad multidimensional de las sociedades humanas y ha adoptado un punto de vista que lleva en consideración el ascenso de las perspectivas globales. Esta nueva "lente de aumento" sobre el mundo es un reto que nos obliga a repensar más allá de las fronteras de la disciplina y, en parte, el aparato categorial de la misma.

Esta *review-essay* pretende dar cuenta del necesario diálogo interdisciplinar entre las Relaciones Internacionales y la Historia (Global). Para ello, analizaremos dos obras recientemente publicadas a partir de las cuales buscaremos reflexionar en torno a las fronteras epistemológicas y los límites espacio-temporales de ambas disciplinas, así como sobre su interconexión. Al fin y al cabo, los enfoques críticos de la disciplina de las Relaciones Internacionales y el enfoque de la Historia global buscan discutir sobre el lugar que ocupamos en el mundo y, a la vez, sobre

Este texto forma parte de una investigación financiada por la Comunidad de Madrid, en el marco de las Ayudas destinadas a la Atracción de Talento Investigador, del apoyo del Grupo de Investigación de Historia Social y Cultural Contemporánea (GIHSCC), y del programa de contratos predoctorales FPI-UAM del Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad Autónoma de Madrid.

*Diego Sebastián CRESCENTINO,

Personal Investigador en Formación en el Departamento de Historia Contemporánea de la Universidad Autónoma de Madrid. Investigador de la Universidad Nacional de Cuyo. Máster en Relaciones Internacionales y Estudios Africanos de la Universidad Autónoma de Madrid. Licenciatura en Ciencia Política y Administración Pública de la Universidad Nacional de Cuyo (Argentina).

Gabriela DE LIMA GRECCO,

Investigadora Contratada en el Departamento de Historia Contemporánea en la Universidad Autónoma de Madrid y, Doctora por la misma universidad. Máster en Historia Contemporánea (UAM) y licenciada en Historia por la Pontificia Universidade Católica do Rio Grande do Sul (Brasil) y en Letras (doble titulación portugués/español) por la Universidade Federal do Rio Grande do Sul (Brasil).

nuestra capacidad de agencia desde un análisis que supere las fronteras nacionales y las metanarrativas eurocentradas.

La obra *The Global Transformation: History, Modernity and the Making of International Relations* de Barry Buzan y George Lawson busca recuperar el debate en torno al origen de la disciplina de las Relaciones Internacionales, a fin de comprender sus límites ontológicos y reorientarla como una disciplina genuinamente internacional. Con ello, los autores se apoyan en la profundización del diálogo interdisciplinar con otras ciencias sociales con el objetivo de recuperar su lugar como una ciencia social histórica y cultivar al mismo tiempo el pluralismo epistemológico y metodológico. En este sentido, los profesores de la London School of Economics se centran en la reflexión en torno a la importancia de la *transformación global* para la constitución del orden internacional actual. Con ello, buscan romper las fronteras disciplinares que limitan el análisis de las Relaciones Internacionales arrojando luz sobre el forzado olvido de la disciplina en torno a la constitución de la *modernidad global*, destacando el rol de la revolución industrial, política e ideacional acontecida durante el *largo siglo XIX* y la consiguiente integración del mundo en torno a un sistema global.

La segunda de estas obras es la versión en español de *What is Global History?*, que en castellano lleva el título *Historia Global. Una nueva visión para el mundo actual*, del historiador Sebastian Conrad, profesor de Historia en la Freie Universität de Berlin. En este libro, Conrad reflexiona sobre las promesas y los límites del *giro espacial* en la disciplina de la Historia, pero también sobre la necesidad que supone para los historiadores actualizar su aparato categorial y abrir su análisis a partir de un mayor ángulo de visión. La Historia global, para el historiador alemán, es un intento de afrontar dos desafíos centrales: por un lado, superar la perspectiva del estado-nación como unidad de estudio fundamental y, por el otro, trascender el eurocentrismo como modelo de desarrollo universal.

Historia Global y Relaciones Internacionales: Método y perspectiva

La reflexión tardía de las Relaciones Internacionales en torno a la construcción social del conocimiento —“toda teoría es siempre para alguien y con algún propósito”¹— condujo a la apertura de la disciplina hacia una multiplicidad de perspectivas teóricas que alertaron sobre la necesidad de debatir la objetividad de sus postulados. Conscientes de ello, Buzan y Lawson nutren el debate sobre las implicaciones que conlleva el aceptar de manera acrítica el difundido binomio fundacional 1648 / 1919 como fecha de referencia para la constitución de las relaciones internacionales modernas. Para los autores, la carencia de un debate profundo en torno al rol del *largo siglo XIX* en la conformación del orden internacional actual ha conducido a los teóricos de Relaciones Internacionales a centrarse en análisis coyunturales sobre poder, seguridad, globalización, estructuras ideacionales y periodización del tiempo. Estas lecturas, indican, quedarán anacrónicas cuando el paso de un *modo de poder* estructurado en torno a un *globalismo centrado* —es decir, el orden centro-periferia cuyo centro de gravedad reside en occidente— a uno *descentrado* —policéntrico— sea efectivo.

Los autores comienzan su libro con la definición de lo que para ellos resulta un debate

¹ COX, Robert W., “Fuerzas sociales, estados y órdenes mundiales: Más allá de la Teoría de Relaciones Internacionales” en *Relaciones Internacionales*, vol. 24, 2013, pp. 132 [Original en inglés de 1981].

central para comprender el origen del orden internacional actual: la *transformación global*. Esta compleja y desigual configuración producida desde el *largo siglo XIX* a través de un triple proceso revolucionario, estableció las condiciones materiales e ideológicas que dieron origen al orden internacional global. Se trata, en primera instancia, de la transformación generada por la industrialización y la consiguiente extensión del mercado a escala global, lo cual produjo un sistema intensamente conectado y a la vez profundamente dividido por desigualdades globales. Ello estuvo, en segunda instancia, ligado a la reconstitución del poder sostenido por procesos de formación de estados racionales conectados al imperialismo. Asimismo, entrelazadas junto a estos procesos fueron fundadas nuevas ideologías —liberalismo, socialismo, racismo científico—, que generaron o reconstituyeron las entidades, actores e instituciones a nivel global, proveyendo a las relaciones internacionales estrategias de legitimación a través de la idea de progreso. Esta configuración generó una transformación de un orden policéntrico, que pasó a estar estructurado en torno a relaciones centro-periferia, proporcionando una amplia gama de recursos y radicando el centro en el oeste. La modernidad global integró de esta manera al mundo en torno a un sistema que generó una multitud de nuevos actores —estados racionales, corporaciones transnacionales, y organizaciones intergubernamentales y no gubernamentales permanentes—, transformando la base del orden internacional y definiendo el comienzo de nuestra era. Esto lleva a que, como consecuencia, su comprensión resulte fundamental para el análisis de las Relaciones Internacionales contemporáneas (pp. 1-5).

En virtud de ello, la toma de conciencia sobre el rol que ha ocupado el *largo siglo XIX* en la conformación del *modo de poder* vigente ofrece considerables ventajas para la generación de una conversación interdisciplinaria. A lo largo de las últimas décadas, las Relaciones Internacionales han sido criticadas por la estrechez de su agenda intelectual, su anglocentrismo y su positivismo —es decir, su uso de la historia como fuente de datos y no origen explicativo de ideas—. A través de la apertura del diálogo con otras ciencias sociales propuesta por Buzan y Lawson, su transformación en la búsqueda de un carácter más global y descentrado abre un cúmulo de oportunidades metodológicas que permitirán enriquecer profundamente la disciplina. Sin ir más lejos, el diálogo con la Historia encarado por los autores —que a su vez constituye el objetivo central de este número de la revista Relaciones Internacionales— permite la comprensión de la forma en que otros periodos históricos no contemplados por la disciplina han afectado —y estructurado— a las relaciones internacionales contemporáneas² (p. 331).

La Historia global, por su parte, se deriva de recientes enfoques históricos “vecinos” que han preparado el terreno para este nuevo paradigma historiográfico, entre los cuales se encuentran la Historia transnacional, la comparada o la conectada. Pero, por otra parte, el *giro global* es también resultado de una larga trayectoria de perspectivas críticas en relación a las “huellas” del eurocentrismo, tales como la historia de las mentalidades, los *Annales*, la historia desde abajo, las posturas decoloniales o el giro lingüístico. De hecho, como Conrad señala, la Historia global “compite” con varios paradigmas que buscan comprender las dinámicas desde

² Los legados de la transformación global, indican los autores, implican entre otros: una “economía mundial interdependiente, forma dominante de estatidad moderna, sistemas de comunicación y transporte globales, ideologías de progreso, organizaciones intergubernamentales, derecho internacional, sistema internacional cerrado y global” (p. 321).

contextos globales. Ésta, por lo tanto, se inserta dentro de las reflexiones más recientes de las ciencias humanas y es un enfoque que se ajusta a los parámetros de globalidad y a la búsqueda por entender las dinámicas del mundo moderno. Sin embargo, parece que también este nuevo giro historiográfico ha sufrido la ausencia de una sólida definición.

Ahora bien, el desafío para la consolidación de la Historia global como metodología puede estar relacionado con su "doble faceta". De acuerdo con Sebastián Conrad, "la Historia global es a la vez un objeto de estudio y una forma particular de entender la historia" (p. 15). Es decir, es al mismo tiempo un proceso y una perspectiva metodológica. En este sentido, el paradigma global aspira a escribir una Historia —tanto de procesos que transcurren en espacios delimitados pero que tienen ecos "planetarios", como de aquellos que trascienden fronteras— que lleva en consideración las dinámicas globales y sus condiciones estructurales. Se hace hincapié, pues, en los entrelazamientos, en la integración global y en los cambios dentro de un mundo conectado. Pero, a la vez, estas "conexiones" deben ser abordadas desde procesos de transformaciones estructurales. La originalidad del giro global se halla en la promesa de unir una perspectiva cuya mirada vaya más allá de los límites fronterizos y que, a la vez, lleve en consideración los impactos estructurales. En resumidas cuentas, una mirada que supere, por fin, "la dicotomía entre lo interno y lo externo" (p. 83).

Este conjunto de desafíos, sin embargo, no hace sombra a los beneficios que suponen el método global. Uno de sus pilares más importantes es su visión crítica de las estructuras de poder. La perspectiva de la Historia global tiene el mérito de hacer que el observador se aleje de su propio punto de observación y, al transponer el carácter individual y único de las sociedades analizadas, lleve a cabo una lectura crítica que trasciende las fronteras y culturas. El estudioso de la Historia global no puede pensar los procesos históricos de forma aislada, sino que ha de tener la comprensión de otros puntos de vista sobre el pasado, proponiendo la creación de perspectivas más inclusivas e interconectadas y a la vez contrastando realidades distintas.

No obstante, el beneficio que conlleva la "lente de aumento caleidoscópica" de la visión global tampoco está exento de problemas. En opinión de Conrad, esta nueva perspectiva supone "reconocer sin ambages que pensar sobre el pasado global es una acción posicional" (p. 65). Es decir, aunque el historiador aspire a narrar la historia del planeta en su conjunto, lo hace desde un lugar particular y desde su subjetividad. La "utopía" de la Historia global supondría la creación de un investigador "cosmopolita", cuya construcción del conocimiento fuese mostrado desde diversas perspectivas. En este sentido, es importante subrayar que las prácticas historiográficas no están desvinculadas del "ser" —el historiador— y del "poder" —desde donde se escribe y para quién se escribe—. Sin duda, este nuevo enfoque se muestra, pues, como un desafío para la disciplina y para aquellos que la escriben. Si el historiador logra sobrepasar algunos de los desafíos que entrañan este quehacer historiográfico, dicho método puede —y debe— determinar una actitud más crítica de su labor y una construcción de espacios más amplios y diversos de producción de conocimiento. Se trataría de un trabajo crítico sobre las lecturas etnocéntricas, al ofrecer una visión más compleja de la "vieja" oposición centro-periferia. En relación a ello, la propuesta metodológica de Buzan y Lawson puede colaborar con esta lectura crítica.

De la Historia occidentalocéntrica a la Historia Global

De acuerdo con el teórico alemán Sebastian Conrad, la Historia moderna tiene dos “defectos” de nacimiento. El primero de ellos se refiere a la concepción de que el estado-nación es una unidad de estudio fundamental y, como consecuencia, la entidad territorial acabó definiendo a la Historia como “nacional”. La segunda “mancha” de nacimiento corresponde al entendimiento de que en el mundo hay un centro: Europa. Así, la Historia situó en “primer plano los procesos de cambio en Europa” y entendió que Occidente “era la fuerza impulsora central de la historia del mundo” (p. 9), lo que supuso la creación de un modelo de desarrollo universal: el europeo. A partir de esta perspectiva, se establecieron conceptos analíticos “universalizantes”, tales como “nación”, “progreso”, “civilización” o “revolución”. El estudio histórico fue “homogeneizando sus relatos y empezando a respetar estándares metodológicos uniformes” (p. 27). El *largo siglo XIX*, período en el cual surgió la Historia moderna, elaboró, pues, esta metanarración eurocéntrica, jugando un papel decisivo en la construcción de un relato histórico centrado en la “unidad” del mundo, la limitación del territorio en el estado-nación y el concepto evolutivo de tiempo y de progreso desde una concepción occidentalocéntrica.

Así y todo, Sebastian Conrad defiende la idea de que la Historia global busca realizar un cambio en la manera que los historiadores (re)construyen y piensan la historia. Para él, en varios sentidos importantes, la perspectiva global es un valioso intento de afrontar los “defectos” de nacimiento de la ciencia histórica decimonónica. De esta forma, se busca fomentar un cambio positivo en las ciencias humanas, “incluso libertador en algún ámbito” (p. 19). Sin embargo, la crítica al eurocentrismo, curiosamente, es la principal contradicción de este paradigma historiográfico. De acuerdo con el teórico Jeremy Adelman, es difícil no pensar que el *giro global* es otra de las muchas invenciones de la historiografía anglófona para “integrar al Otro en una narrativa cosmopolita” según sus propios términos³. Así, se busca incluir a las “otras” historias en un relato globalizante, pero no se “escucha” lo que “la otra mitad del globo” tiene para decir. Se “escuchan” sus voces a través de una voz “doblada”: el inglés. En efecto, para que la perspectiva global no erija su propia segregación, hay que buscar una apertura académica frente al monopolio del lenguaje “anglocéntrico”. Para Sebastian Conrad, “la hegemonía del inglés tiene el poder de marginar otras lenguas y tradiciones historiográficas” y “beneficia los angloparlantes nativos” en su modo de expresarse o defender sus ideas (pp. 197-198).

De modo análogo a la Historia —y en gran parte producto de la influencia de las ciencias humanas al momento de su fundación—, la mayor parte de los intelectuales de Relaciones Internacionales han reproducido desde los orígenes de la disciplina la perspectiva decimonónica de la superioridad occidental. Según Buzan y Lawson, las revoluciones de la modernidad establecieron las condiciones de una jerarquía social entre un limitado centro moderno centrado en occidente y una gran periferia premoderna. Como consecuencia de ello, la agenda internacional plasmó desde el siglo XIX la idea del *estándar de civilización* —que posteriormente mutó hacia concepciones como ‘desarrollo’ y ‘buen gobierno’⁴— como un

³ ADELMAN, Jeremy, ¿Qué es la Historia Global hoy en día?, Historia Global Online, <http://historiaglobalonline.com/2017/03/10/que-es-la-historia-global-hoy-en-dia-por-jeremy-adelman/> [Consultado el 25 de enero de 2018].

⁴ De este modo, si bien “la abierta arrogancia del ‘estándar de la civilización’ había desaparecido, la construcción colonial de los no europeos como parte de una etapa inferior dentro de un modelo único de desarrollo se

concepto central en la construcción del orden internacional, limitando la capacidad de agencia de los países de la periferia a su adecuación al *status quo* establecido por el centro. Esto llevó a su vez a que una notable cantidad de cuestiones presentes en la agenda contemporánea de las Relaciones Internacionales tenga sus raíces en este momento, y reproduzca con ello parte las ideas entonces imperantes, incluidos conceptos como ayuda, intervención, desigualdad, migraciones e identidad (p. 196). Esta situación también explica el hecho de que, al ser fruto de la transformación global, las Relaciones Internacionales sean incapaces de analizar los procesos históricos previos a su concepción (p. 47), sobre todo si se mantiene la narrativa de que su origen se encuentra en el siglo XX.

Ahora bien, una de las principales consecuencias directas que conlleva la no problematización del origen de la disciplina es el mantenimiento acrítico de sus fundamentos implícitos, y, con ello, la reproducción de las relaciones jerárquicas de poder imperantes. Las Relaciones Internacionales naturaliza(ro)n de este modo una narrativa asentada sobre una Historia occidentalocéntrica, que observa la supremacía occidental como natural —incluso eterna—, olvidando entre otras cosas los legados del racismo y el colonialismo, y profundizando el eurocentrismo / anglocentrismo que caracterizan a la disciplina (p. 63). En este sentido, tanto la Historia Global como las Relaciones Internacionales deberán prestar especial atención a la reproducción de jerarquías epistemológicas. Por otra parte y profundamente ligado a ello, el predominio lingüístico de las Academias anglófonas resulta un límite epistemológico y ontológico central para ambas disciplinas. El inglés no puede convertirse en el *lenguaje global*, pero ¿sería posible una perspectiva global e internacional sin la globalización del inglés? A lo mejor, estamos en callejón sin salida, pero debemos decididamente afrontar este problema para que la *Historia global* y las Relaciones Internacionales no se conviertan en un filtro por el cual escuchamos el mundo a través de una voz *anglocéntrica*. La construcción de narrativas diversas y críticas debe pasar inevitablemente por la incorporación de un mayor número de idiomas —occidentales y no occidentales por supuesto—.

Una vez conscientes de la reproducción de las jerarquías epistemológicas y de la necesidad de subvertirlas, uno de los grandes peligros para toda perspectiva crítica es trasladar el debate de una retórica del excepcionalismo occidental como única explicación de su supremacía en el orden internacional, a una retórica que, manteniendo este excepcionalismo desde una lectura negativa, centre su debate en cómo occidente ha evitado el surgimiento de epistemologías alternativas. Efectivamente, de lo que se trata es de, una vez que se haya tomado consciencia en torno a las jerarquías cognitivas que han limitado la presencia de lecturas no eurocéntricas, dar lugar a una apertura metodológica y un diálogo entre las disciplinas de las ciencias sociales hacia caminos no explorados sin caer en la formulación de nuevas metanarrativas. En efecto, no debemos pasar de un *eurocentrismo* a un *eurocentrismo antieurocéntrico*, donde se pone siempre la luz en un centro, aunque sea para afirmarlo o criticarlo.

Glocalización: un diálogo entre lo global y lo local

En el apartado final de su libro, Barry Buzan y George Lawson se concentran en lo que

mantuvo durante el período poscolonial”, de modo que se sostuvo el deber moral “por parte del mundo rico de ‘asistir’ en el ‘desarrollo’ y la ‘modernización’ del ‘Tercer Mundo’” (pp. 206-207).

probablemente sea uno de sus mayores aportes para el futuro de las Relaciones Internacionales: las implicaciones de establecer el origen del orden internacional en el *largo siglo XIX*. Ello conlleva la observación de la forma en que su argumento altera y añade valor a los debates contemporáneos en la disciplina; e incorpora dos conceptos centrales para el análisis del modo y la distribución del poder del orden internacional actual: el paso de un mundo de *globalización centrada* de los siglos XIX y XX, a uno de *globalización descentralizada*. De esta manera, los autores proporcionan una posible explicación a otro gran debate a lo largo de las últimas décadas: las alteraciones en la distribución del poder relativo de las potencias occidentales y el fortalecimiento de las potencias regionales y sus estructuras (pp. 12-13).

La *transformación global* contempló, a ojos de los autores, tres periodos que alteraron el orden internacional de manera diferente. Por un lado, la sociedad internacional occidental-colonial, desde el largo siglo XIX hasta 1945; y la sociedad internacional occidental-global, desde 1945 hasta el año 2000. Ambos momentos estuvieron caracterizados por el *globalismo centrado*, un orden planetario desigual donde occidente era dominante. Y por el otro lado, el tercer periodo se caracterizó por el surgimiento del *globalismo descentrado*, que comenzó en el año 2000 y continúa vigente en la actualidad (pp. 273-274).

Este *globalismo descentrado*, estructurado en torno a una distribución del poder más igual y dispersa, está construido en torno a cuatro principios que, según los autores, caracterizarán al orden internacional vigente a lo largo de las próximas décadas. En primer lugar, se trata de orden donde no existirán superpotencias globales, adquiriendo por tanto un rol central las potencias regionales, que estarán conectadas por instituciones básicas y motivadas por la coexistencia y la cooperación en torno a problemas y proyectos colectivos. Ello implica, a su vez, que habrá un crecimiento de los miembros del centro en relación a aquellos de la periferia; que la distribución de poder se volverá más dispersa; y que las regiones adquirirán una mayor importancia en las relaciones internacionales. Estas potencias, en segundo lugar, cambiarán su forma de interactuar hacia un modo responsable, donde primarán sus intereses por contener el uso de la fuerza, respetar los acuerdos, reconocer los derechos de potencias menores como socios y observar su soberanía. Ello conducirá a un orden plural, que pondrá fin a las históricas reivindicaciones de excepcionalismo por parte de las potencias. En tercer lugar, la globalización continuará su incesante marcha, pero como observamos previamente, el rol de los regionalismos será central en la nueva estructura de poder. Las configuraciones regionales servirán, en este sentido, como bastiones que permitirán conservar el carácter distintivo local, como punto de apoyo en caso de que la cooperación global se debilite, y como plataformas desde las cuales podrán practicar relaciones internacionales pluralistas de manera más efectiva. Por último, el concepto de seguridad sufrirá una alteración permanente. La presencia de problemas colectivos —como el cambio climático— conducirá a la adopción de un nuevo concepto común de seguridad: problemas colectivos requieren acciones colectivas. Como consecuencia, la problemática de la violencia interestatal dejará de ocupar un rol central en la disciplina, orientándose a actores no estatales y a procesos de securitización⁵ (p. 297-304).

Ahora bien, tales alteraciones en la distribución del poder y el creciente rol de las

⁵ No olvidemos que Barry Buzan es uno de los fundadores de la Escuela de Copenhague, central en sus aportes en torno a la teoría de la securitización.

regiones en el orden internacional también llevarán a nuevos desafíos frente a los cuales la disciplina no podrá permanecer impasible. Las rivalidades regionales, el posible debilitamiento del proyecto liberal sostenido por la preeminencia occidental, la creciente importancia de la religión en la imposición de valores, las consecuencias de las nuevas tecnologías y formas de producción energética, el surgimiento de nuevas enfermedades, la profundización de desastres naturales, el cambio climático o el surgimiento de un nuevo *modo de poder* que altere el *status quo* deberán ser objetos centrales en el análisis de los investigadores (p. 293-297), y su capacidad de maniobra será central para la comprensión de un mundo de creciente complejidad.

También la Historia parece dirigirse a enfrentar desafíos similares en la redefinición de las formas de abordaje sobre su objeto de estudio, pasando de una mirada más centrada en la unidad territorial del estado-nación a perspectivas de análisis más amplias. En este sentido, el método de la Historia global apunta a nuevas formas de mirar el mundo a partir de la superación de las perspectivas nacionales y locales. Estos nuevos problemas que suscitan el cuestionamiento de la estructura del estado-nación nos llevan a repensar el carácter y la historicidad de los procesos de formación de las naciones, así como a construir nuevos enfoques analíticos. No obstante ello, la unidad del estado-nación continúa jugando un papel importante dentro de las ramas humanísticas. De hecho, como subraya Sebastian Conrad, por lo general el objetivo del enfoque global "no es abandonar por completo la Historia nacional, sino *transnacionalizarla*" (p. 195). Para que el análisis *nación-céntrico* sea superado, debemos pensar las identidades colectivas más allá de las lecturas tradicionales y poner en cuestión la endogénesis del análisis histórico. En este sentido, la *Historia nacional* tiene su lugar en la *Historia global*, pero debe ser pensada de forma *estructurante*. El estudio del nacimiento de los nacionalismos, por ejemplo, debe ser entendido en una perspectiva global, en la que no se enfatizan sus especificidades y sus diferencias, sino más bien las similitudes y las interrelaciones entre ellos. En resumidas cuentas, la Historia global no es una Historia "planetaria", *a history of everything*. De hecho, lo que "es global en la Historia global" no es el objeto de estudio sino el énfasis en los procesos, conexiones y, sobre todo, en la integración.

Aunque esta nueva mirada de la Historia global pueda enriquecer los estudios historiográficos, esta concepción está directamente conectada con las nuevas formas de organización mundial y de producción capitalista. En esta dinámica, podemos acabar creando más "muros", ya que nos olvidamos de los "sedentarios", los y las que no pudieron llevar a cabo viajes transnacionales o que no pudieron moverse porque no formaban parte de la clase económicamente privilegiada. Así, corremos otro de los muchos riesgos que conlleva la perspectiva global: el de hacer una historia de las élites, normalmente de hombres. Una Historia, como señala el teórico alemán, con una "tendencia a despolitizar nuestra comprensión de la historia y estructurar el pasado según el imaginario de los mercados liberales" (p. 205). Para superar esta importante paradoja, podemos utilizar la Historia global como una metodología que ponga en cuestión "la teología de la retórica de la globalización" (p. 191). Es decir, realizar una pregunta de doble-filo: ¿quién son los que se mueven?, pero ¿quiénes son los que **no** cruzan fronteras? ¿por qué razón y frente a qué dinámicas? De esta forma, problematizamos el valor ideológico del *giro global* para así no "morder" el anzuelo de los "pescadores" liberales. La Historia global no puede ser un mecanismo más de legitimación del discurso del capital financiero, alzando la "imagen que el capitalismo tiene de sí mismo"

(p. 189): la idea de una pacífica “aldea global”, de un mundo conectado, fluido y por ello atractivo.

Consideraciones finales: hacia un diálogo entre las Relaciones Internacionales y la Historia Global

A lo largo de la presente *review-essay*, hemos procurado profundizar la reflexión y el diálogo que debe darse necesariamente de manera inter e intradisciplinar en todas las ciencias sociales. La obra de Sebastian Conrad y la de Barry Buzan y George Lawson, reflexionan en torno a los límites y necesidades existentes en la Historia y las Relaciones Internacionales, ofreciendo un nuevo marco de posibilidades que permitan superar sus límites ontológicos, epistemológicos y metodológicos. Este diálogo interdisciplinar debe permitir, en última instancia, problematizar sus orígenes y fundamentos implícitos, y abrir vías de comunicación entre estas dos disciplinas tan profundamente conectadas.

Si sólo se considera a las Relaciones Internacionales como una disciplina presentista cuya atención está puesta sobre la distribución del poder en el orden internacional, el estudio del comportamiento de las grandes potencias, y la comprensión de las condiciones que las conducen a la paz o promueven la guerra, entonces permaneceremos limitados a la formulación de análisis coyunturales, nombrando *cisnes negros* a toda lógica que escape nuestras limitadas lecturas. Si, por el contrario, nos proponemos a proseguir una deconstrucción constante de las estructuras mismas de la disciplina, habremos dado un primer paso hacia un diálogo inter e intradisciplinar que nos llevará a valernos de nuevos métodos para avanzar hacia lecturas alternativas. En este sentido, una comprensión más completa de la transformación global nos lleva a comprender, en última instancia, la importancia del siglo XIX para el nacimiento de las relaciones internacionales como las conocemos hoy (p. 3).

A su vez, la Historia global puede ser considerada un camino idóneo para pensar el tiempo presente y, porqué no, las Relaciones Internacionales. A través de las lentes globales, las sociedades humanas son vistas como procesos cosmopolitas de diálogos interculturales, lo que contribuye a dar “significado al mundo en el que vivimos” (p. 186). De acuerdo con Walter Benjamin, “cuando la relación del sujeto con el pasado se transforma en una estrategia, está presente una nueva idea: la de que el presente puede iluminar el pasado y no al revés”⁶. El presente es el punto de partida para que los procesos en el ámbito global se tornen inteligibles. Esta nueva visión historiográfica mira hacia un mundo más integrador de la comunidad humana, al tiempo que postula la existencia dialógica entre pasado y presente. Ésta, sin embargo, es sólo una de las maneras de abordar el enfoque global. El “presentismo” metodológico, consecuencia directa del desafío que ha lanzado la globalización, no es el único marco temporal de la Historia global. Como subraya Conrad, cualquier período puede ser analizado desde este enfoque. Este feliz matrimonio entre presente y pasado, sirve para comprender la genealogía del presente y los cambios a escala global. Además, “nos invita a provincializar la modernidad: ampliar el marco temporal hasta el pasado más remoto y liberar el tiempo histórico de la teleología de lo moderno” (p. 130).

⁶ BENJAMIN, Walter en LOPES, Antonio Herculeano, VELLOSO, Monica Pimenta y PESAVENTO, Sandra Jatahy, *História e Linguagens. Texto, imagem, oralidade e representações*, 7Letras, Rio de Janeiro, 2006.

Pero ¿por qué es importante la Historia global? La respuesta podría ser: porque el mundo está en continuo cambio y la Historia la necesita. El enfoque global nos invita a una apertura de horizontes, a ampliar el debate, a incluir y a mirar el mundo con sus “diversos colores”. Es más, a superar las huellas del siglo XIX en nuestra manera de pensar el mundo. El paradigma global puede crear un amplio y lógico *portrait* de la humanidad interconectada a partir de las reflexiones críticas del siglo XXI. Las y los historiadoras/es de hoy están mejor preparados para hacer nuevas preguntas, construir relatos más complejos, comprometidos y que, al fin y al cabo, superen las jerarquías epistemológicas. Pero, por otra parte, la Historia global es una perspectiva aún en construcción. El próximo paso es establecer una teoría y un método más precisos e ir más allá de un lenguaje anglocentrado. Tanto las Relaciones Internacionales como la Historia Global nos dan pistas para entender el diálogo entre presente-pasado de una forma más integradora y crítica de las sociedades humanas. Pero para ello, ambas disciplinas deben decididamente pasar a reflexionar sobre sus “defectos” de nacimiento: sus orígenes en el *largo siglo XIX* y, por ello, su rasgo eurocéntrico. ●
